

Comentarios en torno a la lengua ibérica

Por L. MICHELENA

1.—El estudio de las lenguas hispánicas antiguas que durante unos años ha llevado una vida más bien lánguida, si se deja de lado lo indoeuropeo, ha entrado de nuevo en una fase de actividad con la aparición en sucesión rápida de varios trabajos importantes. Ulrich Schmoll, bien conocido ya en este campo por distintos artículos y sobre todo por su libro *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische* (1959), que se comentó aquí mismo ¹, ha atacado en *Die südlusitanischen Inschriften* (Wiesbaden, 1961) el difícil problema del desciframiento de las inscripciones del Algarve portugués, problema que aborda también don Manuel Gómez-Moreno, el primero que asentó sobre cimientos firmes estos estudios, en un trabajo publicado sólo recientemente ², aunque con una mayor amplitud, ya que examina además el conjunto de las inscripciones andaluzas y aun las del sudeste de España.

Sería prematuro discutir detenidamente esta cuestión, además de que para ello se precisaría una competencia que no poseo. Bastará, pues, con decir que la misma coincidencia en lo esencial de los sistemas de lectura propuestos por Gómez-Moreno y Schmoll —coincidencia que no excluye muy señaladas divergencias en el valor atribuido a algunos de los signos, detalle en cuyo examen no vamos a entrar aquí—, aparte de otras razones, permite asegurar que nos hallamos al fin en buen camino: puede darse por razonablemente seguro que esta escritura —la más antigua de las hispánicas, según autores de gran autoridad— se componía, como sabemos de la ibérica en sentido estricto después del descubrimiento de Gómez-Moreno, de una combinación de signos monofonémáticos y de otros que representaban grupos de oclusiva más vocal.

¹ *Zephyrus* 11 (1960), 245-248. J. COROMINAS, *ZRPh* 77 (1961), 345-374, lo valora muy positivamente en un extenso comentario.

² *La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)*, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 69 (1961), 879-950.

Hay también un notable acuerdo, por más que sea puramente negativo, sobre la lengua que ahora empieza a revelar esta escritura. Esta lengua, según Schmoll (p. 43), “no era ni indoeuropea ni semítica, ni ibérica, ni vasca y tampoco tiene nada que ver con el etrusco”. Para Gómez-Moreno (p. 914): “nada suyo concierta con las inscripciones ibero-grecas, ni con lo ibérico transcrito sobre su escritura propia, ni con el vascuence, etrusco y oriental conocido, como tampoco se vislumbran accidentes gramaticales”. Difícilmente podrá borrar esta impresión de extrañeza una mayor aproximación en la lectura. Desde la posición de Cortsen y Schulten, la investigación nos ha llevado en este campo de la presunta posesión de un saber a un reconocimiento de ignorancia, lo cual, a pesar de las apariencias, no deja de ser un valioso progreso.

Entre las novedades se cuenta también el breve pero enjundioso libro de Jürgen Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien* (Wiesbaden, 1961), en el que por la superposición de distintos mapas se obtiene una imagen gráfica —y, lo que es más importante, cambiante— de los límites lingüísticos de la Hispania prerromana y de sus modificaciones con el correr del tiempo³. Y, sin mencionar a colaboradores asiduos en estos estudios como Pío Beltrán o R. Lafon, M. Lejeune ha publicado, fuera del campo indoeuropeo que le es más familiar, un estudio muy completo y preciso de la totalidad de los plomos “ibéricos” inscritos⁴ que en nada desmerece al lado de su *Celtiberica* de 1955.

2.—Pero en las consideraciones que aquí se van a presentar, y que se ciñen en la esencial a lo ibérico —en sentido lingüístico— en la medida en que esto puede delimitarse, habrá que referirse continuamente a las dos exposiciones de conjunto debidas a Antonio Tovar: *Enciclopedia Lingüística Hispánica I* (Madrid, 1960), p. 5-26 y 101-126, y la versión ampliada en algunos extremos que forma el libro *The Ancient Languages of Spain and Portugal* (Nueva York, 1961). Es cierto que, como advierte el mismo autor, se componen en buena parte “de una serie de observaciones de detalle más o menos seguras y más o menos discutibles”, defecto que en modo alguno le es imputable al expositor; en vez de ser “una exposición más sintética”, pero es que el estado actual de estos estudios difícilmente permite otra cosa. En todo caso, es lo más comprensivo y lo más avanzado que la investigación ha producido hasta ahora en este terreno. Y, precisamente por el estado de fluidez en que se encuentran las cosas, pienso que un rápido examen de conjunto del alcance de nuestros conocimientos —y de nuestra ignorancia— acerca del ibérico no resulta innecesario, aunque no quepa tampoco esperar de él ningún progreso importante.

En cuanto a los límites de la lengua ibérica, resulta convincente la demostración de Tovar⁵ de que las inscripciones del sur-sudeste (las “meridionales” o “sud-ibéricas”) son muestras, a pesar de las diferencias en la escritura, de la misma lengua que revelan en forma más accesible las inscripciones del este o ibéricas en sentido estricto. Que en una parte de esta zona, sin embargo, subsistían elementos de

(3) En esta suerte de mapas es difícil siempre saber si están todos los que son y si son todos los que están. ¿Es, por ejemplo, seguro que el actual *Segorbe*, cuyo testimonio pesa tanto aquí, es continuador de un ant. *Segorbriga*? Vid. M. SANCHIS GUARNER, *Introduc-*

ción a la historia lingüística de Valencia 40, n. 14, con referencia a MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España* 1, I, p. LXIX.

4 *A propos d'un plomb inscrit d'Elne*, *Revue des Etudes Anciennes* 62 (1960), 62-79.

5 *ELH* 10 ss., *The Anc. Lang.* 50 ss.

aspecto muy diferente nos lo enseña el mapa 16 de Untermann (nombres de población en *-ip(p)o* y *-uba*) que delimita un área muy clara que se extiende a Portugal⁶: me parecen decisivos en este punto los nombres en *-ip(p)o*, porque la presencia de *-p(p)-* constituye un rasgo nada ibérico, como es bien sabido.

Con todo, el testimonio de los nombres de lugar y el de las inscripciones no tienen por qué ser considerados contradictorios ni incompatibles entre sí. Es evidente que sabemos muy poco —y datos indirectos como éstos son los que nos enseñan algo— acerca de los avances y retrocesos de lenguas en contacto en la Hispania prerromana y todavía menos de la posible coexistencia, en superposición, de lenguas locales, habladas, y lenguas comunes, escritas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el material ibérico del sur-sudeste sigue siendo en parte de muy difícil manejo por la inseguridad en que aparece envuelto todavía el valor de algunos signos.

3.—Como es inevitable, es en la cara externa, significativa, de la lengua donde nos hallamos mejor informados. A los datos que nos proporciona la escritura ibérica después de su desciframiento por Gómez-Moreno se agregan los que nos facilitan otros sistemas de escritura, más familiares, en la medida en que han servido de vehículo a un mismo material. Con todo ello podemos hacernos una idea, probablemente no muy inexacta, del sistema fonológico ibérico, aunque acaso se nos escapen algunos contrastes distintivos por no haber hallado expresión en ninguna de las escrituras. Nuestro conocimiento se extiende a las combinaciones de fonemas (grupos, configuración de las sílabas y de los morfemas) e incluso, en algún caso afortunado, a detalles de realización fonética (posibles puntos de neutralización por ejemplo)⁷. Esto no quiere decir, sin embargo, que no queden cuestiones dudosas y oscuras, de poca entidad en parte, pero alguna vez de extrema importancia.

En primer lugar, para volver a un hecho bien conocido, la escritura indígena no distinguía dos series de oclusivas (por lo que aquí las transliteraremos uniformemente por *b, t, c*), aunque en escritura griega y latina hay *d* y *t, g* y *k (c)*. Por consiguiente, como dice muy bien Lejeune⁸, “o bien esas distinciones eran de naturaleza fonológica, es decir, significativas, y hay que pensar que la escritura era insuficiente en ese aspecto (por razones históricas relacionadas con el carácter del silabario del cual procede en parte), o bien se trata de diferencias puramente fonéticas”, condicionadas por el contexto, como en otro tiempo supuso Tovar⁹.

Con los materiales de que ahora disponemos no es fácil llegar a una solución definitiva, pero me inclino a pensar que el ibérico distinguía real y efectivamente dos series de oclusivas, ya se tratara de sordas y sonoras o de otra oposición cualquiera, en todos los órdenes menos en el labial: *b, d / t, g / c*. Induce a pensar así la constancia y consecuencia que se advierte en la transcripción de ciertos elementos ibéricos en otras escrituras, sobre todo en posición intervocálica: *Adin- -adin*, pero *sakar-, Sacal-*. Si los ejemplos de esta clase fueran más numerosos, la deci-

6 *Salduba* (Zaragoza), en un punto tan alejado de los otros nombres en *-uba*, constituye una anomalía que no pasa de ser aparente. Como señala Schmoll, *Glotta* 35 (1956), 304 s., la lección *Salduuia* en Plinio, preferible a *Salduba*, debe estar por *Sal(lu(u)ia*. Una indicación fugaz de Azkue de que a Zaragoza “hoy mismo la llaman *Zaldu* personas mayores de

Salazar y Roncal” tiene un valor muy problemático. En vascuence, no he oído allí nunca otra cosa que *Zarakoza*.

7 Cf. A. TOVAR, *Fonología del ibérico, Miscelánea homenaje a A. Martinet* III.

8 *Art. cit.*, p. 76.

9 *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*. (Buenos Aires, 1949), 209-ss.

sión no sería dudosa, pero, aun siendo escasos, constituyen un indicio nada despreciable.

En cuanto a las sibilantes, opino, a diferencia de Tovar, que no hay más remedio que admitir en ibérico la existencia de dos, fonológicamente distintas. Es cierto que en distintas lenguas y escrituras se pueden hallar casos seguros de diferenciación gráfica excesiva (más letras que fonemas), como también los hay de subdiferenciación. Por ello, cada caso debe ser estudiado en sí, sin que los argumentos inducidos de otros valgan más que como indicio. Ahora bien, ya se ha mostrado que en ibérico un mismo morfema (es decir, un grupo de signos superponibles, directamente o en transcripción, obtenido en la segmentación de distintos textos) se escribe siempre con la misma sibilante, ya se traté de la escritura indígena o de la griega¹⁰, lo que significa que no eran en modo alguno intercambiables. Es más, el hecho de que las correspondencias entre los signos ibéricos y los griegos sean cruzadas, es decir que, en contra de lo que indica la forma, tengamos

$$\begin{array}{l} \text{Ib. } \underline{\Sigma} \quad = \quad \text{Gr. } \underline{\text{M}} \\ \text{Ib. } \underline{\text{M}} \quad = \quad \text{Gr. } \underline{\Sigma} \end{array}$$

hace que subjetivamente, aunque esto no suponga la menor diferencia para la fría razón, la correlación que se establece entre términos distintos parezca tener una mayor fuerza persuasiva, como ocurre también con las correspondencias fonéticas extrañas e inesperadas entre lenguas emparentadas. Y, como hay que apoyarse en uno u otro sistema de escritura, transliteraremos en adelante, apoyándonos en el ibérico, gr. san por *s*, reservando *s'* para gr. sigma.

No hay por qué ocultar que para establecer estas correspondencias se ha aprovechado —aunque no ha sido decisivo, ni mucho menos— el testimonio del segundo plomo de La Serreta (Alcoy)¹¹, que en su día fué comentado luminosamente junto con el del Cigarralejo por R. Lafon, *Bulletin Hispanique* 55 (1953), 233 ss., y que ahora declara falso Gómez-Moreno (p. 945). Carezco de toda competencia arqueológica para poner en duda este juicio, por lo que me limitaré a decir que desde el punto de vista lingüístico el fragmento no parece a primera vista sospechoso. Para *-ildun*, el presunto falsificador contaba con el modelo de *ildu n-* en el primer plomo de Alcoy; para *baides-*, tendría que haber conocido el del Cigarralejo, hallado en el verano de 1948, lo que significa que no podía andar sobrado de tiempo ya que su obra se iba a descubrir el 28 de marzo del año siguiente. Pero, para escribir correctamente —vamos a decirlo así— *bilos-*, tuvo que tener o mucha suerte o un agudo sentido filológico.

10 Si hay vacilaciones (Lejeune, p. 75), son escasísimas. Me parece claro, en cambio, que la lengua celtibérica no distinguía dos sibilantes: cf. el uso de *-s* y *-s'* en nominativos y dativos de pl.

11 C. VISEDO, *Un nuevo plomo escrito de La Serreta (Alcoy)*, *Archivo Esp. de Arqueología*, 23 (1950), 211 s.

4.—No muy distinto del caso de las sibilantes es el de las vibrantes, puesto que la distinción de dos tipos de *r* en la escritura indígena, a los cuales corresponden otros dos en la griega —el segundo formado del primero, *rho*, más un rasgo diacrítico—, parecen suponer dos fonemas distintos aunque de sustancia semejante, distinción que también admite Tovar. Alguna menor fijeza en las correspondencias no es probablemente suficiente para quitar valor a la regularidad general en el uso de cada uno de los signos que se observa al menos dentro de la escritura ibérica: parece haber con todo, dentro de esta misma, *sacar* y *sacar'*, por ejemplo. Es dudoso que la modificación que ahora introduce Gómez-Moreno en la lectura de los textos en letras griegas represente un progreso: en el plomo por antonomasia de Alcoy, pongamos por caso, el grupo *ri* (en *irike*, *sabaridar*) tiene un aspecto bastante distinto del que ofrece el complejo gráfico formado por *r* más una especie de *iota* elevada y pegada, o casi pegada, a la letra anterior, aparte de que en *bir'inar r'* va seguida de *i*.

En cuanto a las posibilidades combinatorias de los signos *r* y *r'*, me veo precisado a confesar que no puedo llegar, después de un rápido recuento, a las mismas conclusiones que Tovar¹², si no es en su aspecto dubitativo. Descontado el plomo de Mogente, cuya lectura no está suficientemente asegurada en el aspecto que ahora interesa, el de Castellón presenta la curiosa anomalía de que emplea casi exclusivamente *r'* (16 veces, contra una sola de *r*), aproximándose así al plomo celtibérico de Luzaga, en que *r'* es el signo más frecuente¹³, cuando en el conjunto de los plomos en escritura griega la frecuencia de *r* es mucho más elevada: 35 contra 17, según Lejeune, p. 74. Cabe, pues, preguntarse hasta qué punto pueden ser debidas exclusivamente al azar dos distribuciones tan distintas. Compárese esto con el relativo acuerdo que presentan con respecto a *s* y *s'*: 15 ejemplos de *s* contra 1 de *s'* en el plomo de Castellón por 41 de *s* (*san*) y 13 de *s'* (*sigma*) en los griegos.

El final de palabra no es una posición fácil de reconocer, porque palabra para nosotros no puede ser una cosa muy distinta de un grupo de signos sin espacios en blanco o marcas de separación, y depende por lo tanto del descuido o esmero con que se hubieran escrito los letreros. Más accesible a la observación es el final de morfema, en el sentido en que arriba ha quedado definida esta palabra, y aquí en ibérico podía haber tanto *r* como *r'*. Baste con citar dos casos frecuentes: *seltar* se escribe siempre con *r* y *Ybar'*, por el contrario, siempre con *r'*. Luego es lícito inferir que en esa posición no se neutralizaba la oposición *r/r'*.¹⁴

5.—Un viejo problema, el del carácter y destino del grupo gráfico *lt*, en escritura griega *ld*, que en latín aparece representado por *ll* en algún epígrafe y generalmente por *l* no geminada, ha sido replanteado por Schmoll en *Glotta* 35 (1956), 304-311. No es necesario aceptar todos los detalles de la solución que propone (*lt*, etc., representaba una *l* retroflexa, cacuminal) para creer que puede

12 *Fonol. del ibérico*, § 24.

13 En Luzaga, *r'* ocupa el primer puesto, seguido de *i* (12 y 11 veces, respectivamente); en Castellón, va en segundo, detrás de *i* (16 y 22). Pero en celtibérico se había abandonado la distinción gráfica en favor de *r'*.

14 En las inscripciones del sur-sudeste la

expresión gráfica de la oposición *r/r'*, si es que se hace normalmente, no está clara. Para las del Algarve, tanto Gómez-Moreno como Schmoll operan con una vibrante. En cuanto a las sibilantes, la diferencia principal consiste en que Gómez-Moreno lee *m* lo que para Schmoll es una especie de *shin*.

estar en lo cierto en cuanto a lo esencial: que *lt*, etc. era la expresión gráfica de un sonido monofonemático, no de un grupo de consonantes. Al menos a partir de una época difícil de determinar, porque la grafía uniforme *lt* en los textos en escritura ibérica puede muy bien estar condicionado históricamente. Esto podría relacionarse, sin pecar de temeridad, con la frecuencia de otra letra geminada, *nn*, en la transcripción latina de nombres ibéricos (*Tanne-* en cuatro nombres distintos: *Albennes*, *Belennes*, *Bennabels*, etc., en el bronce de Ascoli), que ha retenido la atención del mismo Schmoll en su importante artículo "Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen", *Kuhn's Zeitschrift* 76 (1960), 280-295. El hecho de que *nn* no tenga correspondencia precisa en la escritura ibérica¹⁵ debe mantenernos alerta sobre la posibilidad, siempre presente, de deficiencias en los sistemas de escritura. Al inferir los fonemas de una lengua a partir de los signos usados para representarlos, lo mismo exactamente que al establecer los fonemas de una proto-lengua por comparación de dos o más lenguas emparentadas entre sí, toda conclusión debiera llevar la coletilla, expresa o tácita, de que la lengua, o la proto-lengua, tenía *por lo menos* tantas o cuantas unidades distintivas.

Esto nos lleva como de la mano a la *uexata quaestio* del valor de los signos que de una manera general se supone que representan nasales y especialmente al problema del signo *Y*, que aquí se traslitera así a título de simple reproducción. No sin razón lo sigue llamando enigmático don Manuel Gómez-Moreno (p. 890).

En cuanto a lo celtibérico, estoy de completo acuerdo con la explicación propuesta por Schmoll en el artículo que se acaba de citar, y que puede llamarse opuesta a las que dan Tovar y Lejeune. El uso de tres signos para nasales es en esa región un fenómeno puramente gráfico, con lo que se hace el ahorro nada despreciable de toda una serie de complicaciones fonológicas o fonéticas: en Celtiberia se establecieron dos ortografías distintas, cada una de las cuales eligió dos signos ibéricos para representar los dos fonemas nasales de su lengua, /m/ y /n/, de forma que sólo el signo *ib. n* fué común a las dos. La complicación está en que el signo común no fué empleado con el mismo valor en ambos sistemas, sino que tenemos de una parte *m* = /m/ y *n* = /n/, y de la otra *n* = /m/ e *Y* = /n/ ¹⁶. Esto no es por hoy más que una hipótesis que la escasez del material no permite probar adecuadamente en todos sus extremos, pero es en todo caso una hipótesis simple, coherente y conforme a los datos.

Schmoll, al pasar al ibérico donde se encuentra el verdadero nudo de la cuestión, procede con una lógica impecable: puesto que *Y* se conduce como una sonante (o sea que parece a veces representar una vocal y otras una consonante), y ésta es un especie fonética que no se espera hallar en ibérico, tiene que ser vocal y consonante a la vez o, en otras palabras, un signo que, como otros, representa la secuencia consonante (oclusiva) más vocal. *Y*, puesto a buscar una casilla vacía, la halla en la correspondiente a la secuencia *bu*, que está casi desocupada.

Y, sin embargo, a pesar del rigor de la argumentación, esta propuesta no acaba de resultar convincente. Como el mismo Schmoll advierte, la adopción de *Y* para

15 A no ser que *Tanne-* sea igual al segmento *tane* que aparece en varios letreros sobre cerámica en Liria: *tolí..tane*, *ocumbeta-ne*, etc.

16 En *YouaYticum*, aunque la lectura fue-

ra segura y el nombre se relacionara efectivamente con *Numantia*, *Nomanía*, /nouanticum/ podría ser fruto de una disimilación de nasalidad, como ital. *novero* "número", etc.

representar una nasal celtibérica puede muy bien tener, aunque no sea estrictamente necesario que la tenga, una razón histórica y es obvio que la razón más sencilla es el uso ibérico: si *Y* aquí representaba un sonido o sonidos que tenían algo de nasal, es natural que algunos celtíberos lo tomaran con un valor semejante en vez del signo *m*, mucho menos frecuente en ibérico. Claro que, en todo caso, la rareza de ib. *bu* exige una explicación.

Sobre todo, a mi modo de ver, hay un indicio que apunta directamente a ese componente nasal de *Y*, y es la ecuación ib. *Ybar'* = lat. *Vmar-*, que se remonta hasta don José Vallejo, y de cuya corrección me parece difícil dudar. Es, al menos, uno de los pocos puntos de referencia relativamente firmes de que disponemos para orientarnos en un paisaje tan poco familiar.

Para Tovar, *Y* puede muy bien ser la expresión de un fonema de tipo más bien extraño para nosotros: la oclusiva labial con implosión nasal que A. Martinet, por razones enteramente independientes, postuló para el vasco antiguo. La solución es tan ingeniosa como elegante, pero no da razón, a mi entender, de todos los empleos del signo: si representaba una consonante, ciertas posiciones deberían estarle vedadas. Da en cierto modo la impresión de que se trataba de algo complejo que, excepto en el caso tan frecuente de la final *-Yi* sobre todo, necesitaba apoyarse en los signos vecinos.

Es importantísimo, por lo tanto, cualquier indicio de vacilación que se pudiera descubrir a este respecto en la escritura ibérica, sobre todo en la transcripción de la final *-Yi* que a causa de su elevada frecuencia tanto papel parece haber tenido en la economía de la lengua. Don Manuel Gómez-Moreno (*Misceláneas*, p. 280) cree que *-Yi* aparece una vez escrito *-mi* en un vaso de Liria: *bass'umi*¹⁷. Cabe además la posibilidad de que no sea otra cosa el final del letrero que acompaña a una escena de danza, también en Liria: *abartanban balceuni*¹⁸. El morfema *balce*, no hay necesidad de decirlo, se infiere con toda limpieza de varias segmentaciones irreprochables, y presenta la forma *Balci-* en dos nombres del bronce de Ascoli.

Estos indicios, si algo valen, tienden a confirmar el carácter en cierto modo nasal de *Y*, ya que *-Yi* podía escribirse, siquiera sea excepcionalmente, *-mi* o *-uni*. En textos latinos, *Vmar-* por *Ybar'* habla también en favor de ello. Los textos en escritura griega no han sido hasta ahora aducidos en la discusión, aunque es natural pensar, como sugiere Lejeune, p. 76, que su notación acaso esté confundida con la de algún otro fonema. Más abajo (§ 6), apunto la posibilidad de que *-ui-* en el plomo del Cigarralejo no sea otra cosa que el ib. *-Yi*.

6.—Al pasar del plano de la expresión al plano del contenido pasamos también de una geografía bastante bien descrita a una tierra casi del todo desconocida. No es, en efecto, ningún secreto que los textos ibéricos, según la expresión familiar e insustituible, “no se entienden”. Gómez-Moreno¹⁹ resume así, con pesimismo, el estado actual de nuestros conocimientos: “Ininteligibles todos ellos... Es,

17 D. FLETCHER VALLS, *Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia*, p. 16, lee también *bassumi*. El grupo *ss'* resulta extraño.

18 *Ibid.*, p. 17.

19 *Art. cit.*, p. 882 s. Véase también su conclusión (p. 947) sobre “el habla meridional española”: “El resultado, sin embargo, es una

absoluta ignorancia de la tal lengua o lenguas: ni una sola palabra alcanzamos a descifrar, y tampoco su fonética descubre el entronque lingüístico que corresponda, fuera de la flexivo, según indicios. El fracaso resulta completo en ese orden; no tanto en lo respectivo a su escritura”.

pues, lícito persuadirnos de que, sean una o más las lenguas expresadas en nuestra primitiva y peculiar escritura, hemos de renunciar, hoy por hoy, a su traducción y contentarnos con la simple lectura". Con todo, como entre saber (perfectamente) y no saber (nada en absoluto) caben muchos términos medios, vale la pena de que hagamos una digresión acerca de lo que sabemos, o de lo que creemos adivinar, de la lengua ibérica.

Pero es conveniente hacer aquí un breve paréntesis sobre cuestiones de principio. En contra de la opinión general, es un hecho que es posible construir, en teoría, la gramática de una lengua basándose exclusivamente en la forma —oral o escrita— y en la distribución de las formas, sin tener en cuenta el sentido. Es más: según los distribucionalistas radicales, ésta sería la mejor clase posible de gramática, la única que cumple todos los requisitos exigibles a una descripción científica que no recurre a supuestos imposibles de controlar. Sin embargo, sería una tarea tan extremadamente larga y penosa la de establecer una gramática de ese género, aun llevada a cabo con toda la minuciosidad deseable, daría lugar a tal cantidad de equívocos de todas clases —aparte de que tendría poco o ningún parecido con lo que usualmente, tal vez sin mucha razón, se entiende por gramática—, que en la práctica nadie se ha decidido a construirla²⁰. En la práctica, además, las descripciones que tienden a ajustarse a este ideal formalista se apoyan en el control del sentido —se trata de lenguas que "se entienden"—, aunque la gramaticalidad de las frases sea compatible con los enunciados más absurdos.

En el caso del ibérico, tal gramática formalista y distribucionalista es, por ahora, la única posible, pero no serán muchos los que se sientan tentados a darle forma. Esto no quiere decir que no haya una serie de reglas, de recetas prácticas casi, que permiten decidir puntos dudosos²¹. El primer paso, el que hemos dado cuantos hemos dedicado alguna atención al ibérico, es el de la segmentación del texto en unidades significativas, aunque para nosotros no signifiquen nada todavía: esto, naturalmente, se consigue observando regularidades, es decir, grupos de signos recurrentes que se repiten en un mismo texto o en textos distintos, y cuya realidad e individualidad quedarán tanto más aseguradas cuanto más frecuente sea la reiteración. Estas unidades no tienen que ser unidades fónicas, o en nuestro caso gráficas (alias, más o menos vagamente, palabras), aunque los espacios en blanco y los signos de separación aumenten el valor del análisis. La mayor garantía de acierto está en que la segmentación no deje residuo, es decir, que cada uno de los segmentos pueda ser identificado con otro ya individualizado en operaciones análogas.

Resulta evidente, sin otro bagaje matemático que la intuición de los diversos órdenes de probabilidad que tiene un jugador habitual de póker, que la seguridad en la corrección de estas operaciones crece rápidamente con la longitud del segmento recurrente. En nuestro caso, sólo puede tenerse alguna confianza cuando los grupos separados cuentan por lo menos cuatro letras —en nuestra transcripción—, porque la reiteración de grupos más breves, de tres y de dos letras, puede sin di-

20 Cf. A. MARTINET, *Eléments de linguistique générale* (París, 1960), 40 ss.

21 RICHARD S. PITTMAN, *Language*, 24 (1948), 287-292, por ejemplo, señalaba criterios de distribución y forma para distinguir

constituyentes centrales y laterales. Si nada se conoce de dos "immediate constituents" excepto su forma, establece una de las premisas, el más largo se clasificará como central y el más corto como satélite.

ficultad atribuirse a simple azar, excepto en ocasiones especiales en que, como ocurre con *-Yi*, la posición está tan bien delimitada que disipa toda duda. Para la primera parte de la última línea del plomo del Cigarralejo, por ejemplo, R. Lafon, en el artículo ya citado, propone como posible una segmentación

ik-baide-suise-bar'-tas'-...

donde *ik* se destaca por la improbabilidad de que un grupo de oclusivas pueda aparecer en el interior de un morfema, *baide* coincidiría con *-baite* en un vaso de Liria, etc. (que, sin embargo, podría estar también por *-bait*, dada la imposibilidad de representar inequívocamente una oclusiva final en la escritura ibérica), y *suisebar'tas'* sería un nombre propio: cf., para *suise*, *Suise-tar-ten* en el bronce de Ascoli (igual a lat. *Suessetanus*, como quería Schuchardt?) y, para la terminación, el sufijo *-tas'*, documentado en otros epígrafes (en nombres propios, al parecer) y en este mismo. Sin embargo, como señala el mismo Lafon, hay también un segmento *baites-*, bien individualizado en otras inscripciones, aunque se rechace como espurio *baides-* en el segundo plomo de Alcoy junto con este mismo.

En igualdad de condiciones, a mi juicio, hay que inclinarse siempre, en principio, por los segmentos más largos posibles, lo que da prioridad a *baides-* sobre *baide-*. En los tres ejemplos conocidos aparte de éste, *-tas'* se agrega a un morfema de dos sílabas, con lo que llegamos a *sebar'-tas'*, con un primer elemento dudoso por no estar documentado, que yo sepa, en otra parte²². Y, el residuo que nos queda, *-ui-*, ¿no podría ser el ibérico *-Yi*²³ vestido a la griega?

7.—Si en el campo de la forma la incertidumbre inherente a muchos análisis es tanta —el ejemplo que se acaba de mencionar no es más que uno entre cien—, no es, sin embargo, comparable con las cerradas tinieblas que nos rodean en cuanto intentamos saber algo del sentido. Porque, mientras los métodos formales se han ido precisando y afinando, el sentido continúa siendo algo evasivo, difícil de sujetar a un tratamiento objetivo: el que la conciencia sea fuente de certezas primarias e incommovibles, para volver a un concepto cartesiano, no debe hacernos olvidar que la ciencia se ha edificado sobre datos compartibles, susceptibles en principio de ser comprobados por distintos observadores, y no sobre la introspección. Y no debemos olvidar, sobre todo, que los puentes que pueden llevarnos a entender los textos de una lengua desconocida siguen siendo tan escasos, tan frágiles y de tránsito tan penoso como en el siglo pasado cuando faltan los intérpretes, que en el caso de los textos escritos son naturalmente las inscripciones bilingües. Ciertas concepciones que se están extendiendo en estos últimos tiempos acerca de la traducción automática, nacidas de noticias desorbitadas en la prensa diaria o en revistas populares, son fundamentalmente erróneas: una máquina, por perfecta que sea, sólo traduce —prescindamos de si traduce con cierta corrección o con una tosquead rudimentaria— gracias a un diccionario que nosotros mismos hemos puesto

22 Aunque hay *sabar-* en el plomo de Alcoy y en este mismo. Una de las quiebras del criterio que he defendido para la división de segmentos es que, a veces, como todo análisis exclusivamente formal, conduce a resultados absurdos. En latín, lo mismo que *ded-erunt*, *tul-erunt*, *em-erunt*, *i-erunt*, obtendríamos *f-erunt*, *g-erunt*, *s-erunt*.

23 No puedo exponer con claridad mis ideas sobre el valor de *Y* porque ya ellas de por sí no son claras. Pienso, sin embargo, que entraban en él: (a) un componente labial (vocálico o semivocálico) y (b) un componente nasal (consonántico?).

en su "memoria" y a unas reglas operativas, una gramática, que le hemos enseñado a seguir. Pero, si no le facilitamos ese diccionario y esa gramática, la máquina es sorda y ciega y, si disponemos del diccionario y de la gramática, nosotros mismos podemos traducir los textos mucho mejor que ella, aunque eso nos exija tiempo y trabajo.

No quiere esto decir, con todo, que no sepamos absolutamente nada del contenido de los textos ibéricos. Ciertos datos, o al menos ciertos indicios, nos son proporcionados por lo que, usando de una metáfora, podríamos llamar la conducta o el comportamiento de los epígrafes: materia en que están grabados (piedra, plomo, cerámica), características formales del objeto (recuérdese el crecido grupo de las piedras que con razón se creen estelas sepulcrales), etc. Ciertos detalles de los letreros saltan también a la vista, sin necesidad siquiera de que puedan ser leídos: algunos de nuestros plomos pueden muy bien contener *defixiones*, pero el de Gádor, según el consenso general, no tiene seguramente este carácter por los trazos verticales que en número variable van al final de sus líneas.

Hay incluso toda una clase de elementos que creemos reconocer en estos textos, aunque el reconocimiento es algunas veces más seguro que otras, por razones de posición, porque seleccionan con frecuencia determinados morfemas, etc.: es el grupo de los nombres de persona. Tenemos, en efecto, bastante información procedente de fuentes independientes, la más importante de las cuales es la lista de los soldados de la Turma Salluitana, estudiada ya por Schuchardt en 1909, acerca de la conformación de los antropónimos ibéricos. Un subgrupo, en particular, resulta muy característico: el de los nombres compuestos formados por dos morfemas de dos sílabas cada uno, del tipo de *Bilustibas* o *Sosinaden*. No es, por tanto, demasiado aventurado suponer que *nabar'sosin* en un plomo de Ampurias²⁴, por su configuración simplemente, pertenezca a él.

8.—El método comparativo ha dado muy poca luz, si alguna, para la comprensión de los textos ibéricos, lo que no deja de constituir una circunstancia desfavorable. No es que la comparación resuelva, ni mucho menos, todos los problemas filológicos que plantean los textos de una lengua recién descubierta²⁵, pero puede facilitar una primera aproximación cuyo margen de incertidumbre depende del grado de semejanza de la nueva lengua con las ya conocidas que vayan a servir de instrumento. Tenemos, sin salir de España, un excelente ejemplo de esto: aunque los textos celtibéricos son mucho más escasos y breves que los ibéricos, sabemos de aquella lengua —con un saber muy especial, es cierto— mucho más que de ésta.

Es especial este saber, porque —a pesar de los valiosos esfuerzos de Tovar, Lejeune y otros— no tenemos una traducción del bronce de Luzaga comparable, por ejemplo, a las que se han propuesto de las Tablas Iguvinas, con todo lo que hay de impreciso en éstas. Pero, a diferencia de lo que ocurre con un texto ibérico, podemos saber en celtibérico, con gran probabilidad de acierto, que tal forma es un nombre en nominativo o acusativo sing. o en genitivo o dativo pl., una

24 MARTIN ALMAGRO, *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas*, p. 71 ss. (Y *Zephyrus*, 2 (1961), 103-106).

25 Las innovaciones, la proliferación en una lengua de formaciones productivas —aunque tengan un germen antiguo—, si ocupan

escaso lugar en las gramáticas comparadas del grupo, juegan, sin embargo, un papel de primer orden en el funcionamiento de cada una de las lenguas emparentadas. Cf. gr. *-k-*, lat. *-u-*, osc. *-it-*, etc., en la formación del perfecto.

partícula (cf. *-cue*), un verbo en 3.^a pers. Dentro de lo menos organizado de la lengua incluso, en el léxico, se adivina algo del significado de varias palabras.

Puesto que el método comparativo ha resultado hasta ahora impotente, no queda otro camino abierto que el largo y pesado del método combinatorio, lleno de tanteos, de vacilaciones y de regresos infructuosos al punto de partida. Y, dentro de lo combinatorio, lo más accesible y lo más preciso es, por lo menos para algunos epígrafes de cuyo carácter general podemos estar razonablemente seguros por razones externas, el método de los textos paralelos²⁶. A falta de bilingües, lo más parecido a una traducción es un texto de carácter análogo: un epitafio, por ejemplo, en una lengua conocida, lo más cercana posible en el tiempo y en el espacio. Las fórmulas, en efecto, pueden ser iguales o semejantes por más que la lengua sea distinta.

Es notorio el amplio margen de indeterminación que deja este método, no sólo porque la variación en las fórmulas de un carácter análogo puede ser muy grande dentro de una misma lengua y mayor todavía en lenguas distintas, sino además porque pueden buscarse muy diferentes paralelos exteriores sin disponer al mismo tiempo de criterios dignos de confianza para decidir cuál es el que mejor se ajusta al caso. Algunos ejemplos aclararán esto mejor que cualquier generalidad.

Tres lápidas, sepulcrales por las apariencias, van encabezadas por la fórmula *ar'e tace* para la cual, a pesar de su simplicidad, se han propuesto versiones tan divergentes como *hic situs (sita) est, (hoc) sepulcrum, Dis Manibus, in memoriam* o *sacrum*. La decisión es en este caso relativamente sencilla, aunque de ningún modo segura: habrá que pensar, con Tovar, que es preferible la primera, ya que en una inscripción perdida, la única que podemos llamar con alguna razón bilingüe, *ar'e teci* (? , la lectura de los dos últimos signos, y sobre todo la del penúltimo, es y seguirá siendo dudosa)²⁷, va precedido de *HEIC EST SIT...*²⁸.

Otras, que parecen también del mismo carácter, comienzan por dos nombres propios, el segundo de los cuales va seguido por *eban* (*ebanen*, etc.). Podría pensarse, pues, y se ha pensado, que la traducción, conforme a una fórmula bien conocida, es *N. hijo de N.*, lo que deja el valor "hijo" para *eban*. Pero Tovar cree, por razones comparativas y combinatorias, que significa "piedra (sepulcral)". En esta ocasión hay tradiciones diversas en que pueden buscarse paralelos también diversos²⁹.

9.—Tovar ha presentado, sin recurrir a la comparación más que muy en segundo lugar, como sumamente verosímil la hipótesis de que la frecuente desinencia *-en* (cf. *ebanen* arriba) expresa, sin entrar en detalles sintácticos, la misma idea que "de" de posesión o pertenencia. Esta hipótesis, que no ha encontrado contra-

26 M. PALLOTTINO, *Archiv Orientalni*, 18 (1950), 164: "Si trattava in sostanza di accostare fra loro testi etruschi e testi latini (o italici o greci), di cui poteva estrinsecamente presupporre un contenuto affine, quasi si trattasse di bilingui".

27 Cf. GÓMEZ - MORENO, *Misceláneas* 281: "El *ar'e tegi* último será su variante, y algo así también el *ar'etaunin abagontiein* de la estela valenciana..."

28 Aun aceptando esto, no se sigue de aquí que el orden de las palabras sea el mismo

del latín (o del vasco (*h)emen datza*), porque como en irlandés o en varias lenguas semíticas podría ser el verbo el que encabezara la frase. Pero, si se acepta la existencia de variantes (v. la nota anterior), la constante *ar'e* sería más bien el adverbio demostrativo.

29 OTTO RÖSSLER, *Die Sprache Numidiens, Sybaris. Festschrift H. Krahe*, 94-120, sostiene que deben distinguirse en las inscripciones lib. *bn* "piedra" y *bn* "Haus, Hausstand, Gemahlin", cuyo vocalismo era distinto.

dicción, se enlaza, sin embargo, con una de las cuestiones disputadas desde antiguo de la filología ibérica en mantillas.

No tengo el menor interés en renovar viejas discusiones, y sólo paso a exponerla rápidamente porque resulta un ejemplo ilustrativo de cómo pueden dividirse los pareceres sobre cuestiones aparentemente sencillas. Se trata de la desinencia *-cen*, *-(e)scen*, que se repite en monedas de distintas ciudades, en un área muy extensa.

Teniendo en cuenta el modelo de las monedas griegas de Ampurias y Rosas que llevan como leyenda un genitivo de plural *EMFOPITON*, *POAHTON* se saltó a suponer que las monedas que llevan el letrero ibérico *unticescen* se inspiraron en aquéllas ("Imitantur hi nummos Emporitano aperte", decía Hübner) también para la inscripción, que significaría por lo tanto algo así como "de los de Untica, Indica". No obstante, Tovar ve en ella un simple étnico (con o sin marca expresa de plural?), cuya traducción latina sería *Indigetes*.

Pesado todo, a mí me sigue pareciendo que, si alguna vez podemos pensar que dos textos son paralelos, es en un caso como éste. Por otro lado, si la parte final de esta desinencia, *-en*, es exactamente igual a un sufijo que se descubre independientemente en otras partes y la traducción que a éste se asigna por razones combinatorias no está muy lejana de lo que sugiere para aquella su presunto modelo griego, cuesta trabajo creer que ambos no estén relacionados entre sí.

Esto, naturalmente, no pasa de ser una hipótesis y Tovar tiene plena razón al mostrar que quienes la hemos defendido en una u otra forma hemos dado por sentados toda una serie de supuestos que nadie ha probado hasta ahora. En primer lugar, aunque casi resulta ocioso decirlo, una traducción responde siempre no sólo al modelo propuesto, sino también al molde, muchas veces inflexible, que impone la lengua a la que se vierte. Hablar, por tanto, de genitivos ibéricos de plural, supone que el ibérico tenía un paradigma casual, uno de cuyos términos era el genitivo y que el plural era uno de los miembros de la categoría expresa ("overt", diría Hymes) de número en los nombres. Ahora bien, todo esto existía tal vez en ibérico, pero nadie lo ha descubierto todavía, por lo cual sigue siendo perfectamente lícito pensar lo contrario. Por lo que se refiere al número, Tovar, siguiendo a Lafon, menciona acertadamente el ejemplo (hipotético, pero muy verosímil) del vasco prehistórico, en el cual es de sospechar que el número no tenía una expresión necesaria en los nombres, aunque pudiese precisarse ocasionalmente por distintos medios³⁰.

Por otra parte, esto sigue siendo una cuestión un tanto académica, que resulta más bien ociosa en tanto que la desinencia *-cen*, *-(e)scen*, no se descubra en textos distintos de las leyendas monetales.

10.—Por mucho que queramos apoyarnos exclusivamente en consideraciones combinatorias, es un hecho que la comparación con otras lenguas no ha dejado de pesar en los estudios ibéricos, aunque haya perdido el primer rango que ocupó con

30 Es lo que HYMES, *Word* 11 (1955), 10-23, denomina *optional category*. En los nombres vascos, el número no se expresa más que solidariamente con la determinación, cuya extensión en la lengua moderna parece ser reciente y paralela a la del artículo en las lenguas románicas, germánicas, etc. H. VOGT,

Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap 14 (1947), 126, piensa que el georgiano histórico deja entrever un estadio anterior en el que la categoría de número era desconocida en el sistema nominal, al paso que existía con seguridad en el verbo.

Schuchardt, para citar un nombre ilustre. Esto no deja de ser muy natural, ya que toda ayuda sería preciosa en el estado precario en que nos encontramos, venga de donde viniere, con tal de que se mantengan cuidadosamente separados los argumentos de distinto origen sin caer en círculos viciosos.

Como el ibérico no es una lengua indoeuropea, y este es uno de los pocos hechos que han quedado bien establecidos, la comparación, a falta de algo mejor, ha tenido que recurrir a dos lenguas distintas que por razones obvias de proximidad caían a mano como términos de comparación: el líbico, de una parte, en su forma antigua (en la medida en que está documentada) o en la moderna de los dialectos bereberes, y el vasco, de otra.

Que entre estas dos lenguas, líbico y vasco, exista un parentesco en sentido genealógico, como quería Schuchardt, o siquiera una afinidad relativamente estrecha, es algo que me parece falto de prueba suficiente hasta el día de hoy. Si bien ambas lenguas comparten algunos rasgos estructurales, cosa que no puede menos de ocurrir entre dos lenguas cualesquiera elegidas al azar, me parecen tipológicamente lo bastante diferentes para que ninguna de las coincidencias resulte sorprendente. Basta con introducir como término de referencia el georgiano, por citar la lengua caucásica más conocida, para precisar lo que digo, y conste que no creo que el parentesco lingüístico vasco-caucásico esté demostrado ni siquiera que sea demostrable por ahora.

Dentro de lo puramente formal, el único aspecto de la lengua en que las dudas pueden ser desechadas, el ibérico es una lengua de morfemas rígidos, invariables, cuyo vocalismo es tan constante como el consonatismo: esto, que me parece decisivo, nos aparta claramente del líbico y nos acerca al vasco y también, claro es, a incontables otras lenguas. Por otra parte, y esto también es dirimente, en un texto escrito en una lengua camito-semítica antigua tienen que reconocerse necesariamente varios índices gramaticales, prefijos y sufijos sobre todo, que en ibérico se echan de menos. Lo más parecido a esto son los dos ejemplos de *teban* (en comienzo de línea), *tebanen*, ambos en Sagunto, frente al usual *eban*, *ebanen*. No está nada claro, sin embargo, cómo debe explicarse esto: acaso no sean otra cosa que casos de *scriptio continua* en que se ha enlazado la oclusiva final de un morfema con la inicial vocálica de otro.

Dando por buena la traducción general de ib. *-en* propuesta por Tovar, y no hay motivo para no aceptarla mientras no se presenten argumentos de peso en su contra, llegamos con todo a dos concepciones profundamente divergentes según pensemos en un índice gramatical de tipo vasco, aunque sea muy otro por el origen, o de tipo líbico. En vascuence, *-en* (junto a *-ko*, en oposición al cual constituye el término no caracterizado) no es una desinencia de genitivo en sentido indoeuropeo o semítico, sino más exactamente, como ha visto Martinet³¹, un sufijo de derivación que se agrega a un tema nominal indeterminado, sing. o pl. para formar un nuevo tema que a su vez, como en georgiano, puede recibir cualquier sufijo de declinación, incluido el mismo *-en*.

En líbico, *n* es, entre varias otras cosas, "nota genetiui", que en bereber alterna (ante sustantivos masculinos) con cero acompañado de modificación de la

31 Cf. *Bol. R. Soc. Vasc. de Amigos del País*, 17 (1961), 351.

inicial vocálica del *rectum*. Porque, y esto no es un mero hecho de posición, el *regens* precede al nombre regido (determinante), con *n* intercalada eventualmente entre ambos. Por ello, la construcción vasca y la líbica no tienen entre sí más que una remotísima semejanza, la presencia de una *n* común, que muy bien puede ser engañosa³²: si alguna cosa ha enseñado la lingüística comparada, es que nunca hay que fiarse de las apariencias. Pero si se piensa en un posesivo, en un *pronomen suffixum*, nada hay en la construcción vasca que sugiera un origen de esa clase³³.

Hay otro orden de fenómenos sintácticos, estrechamente relacionado con éste, puesto que se trata de procedimientos que, en determinadas circunstancias, sirven para expresar la relación de "genitivo". También éstos exigen un examen porque revelan la misma contraposición difícilmente conciliable dentro de la hipótesis de un origen común, ya sea por vía de tradición o de préstamo. La composición sigue siendo muy productiva hoy mismo en vascuence, y los compuestos —para limitarnos al subgrupo formado por yuxtaposición de dos nombres— son muy parecidos a los que encontramos en las lenguas germánicas o en las célticas, por no citar más que lenguas occidentales. En líbico, por el contrario, como en las lenguas emparentadas con él, encontramos los compuestos ocasionales representados por el *status constructus*, el orden de cuyos miembros es el mismo que acaba de indicarse arriba.

Tal vez *aw-adem* "Menschenkind", ejemplo que tomo de E. Zyhlarz³⁴, y *vasc. giza-seme* no sean tan opuestos como parecen. Son, sin embargo, lo bastante divergentes para que tengamos que preguntarnos si los compuestos ibéricos eran del tipo de aquél o del de éste. Nada podemos afirmar con seguridad, excepto que muchos nombres propios son compuestos de dos miembros, pero tienen todo el aspecto de pertenecer, y Tovar lo acepta³⁵, al tipo indoeuropeo o vasco. Este rasgo sugiere, como otros, que el ibérico, por decirlo de una manera gráfica, era una lengua más europea que africana.

Señalaré antes de agotar este punto que nadie ha descubierto en los antropónimos ibéricos el menor rastro de los "Satznamen" tan frecuentes en las lenguas semíticas y también en libio antiguo. Los nombres teóforos, a veces elípticos, formados por oraciones nominales o verbales, parecen faltar entre nosotros. No obstante, se trata de un rasgo cultural que muy bien pudo haberse difundido de una lengua a otra muy distinta de haber existido una comunidad de civilización que es el primer supuesto de una "alianza" o "unión de lenguas", como distinta de la "familia".

Esto no excluye que procedentes de Africa penetraran en el ibérico préstamos léxicos —y con mucha mayor dificultad morfológicos— como el posible nombre de la "piedra", ya sea el líbico *bn* a su vez un préstamo del semítico, donde la voz es casi común³⁶, o bien un elemento tradicional conservado.

32 Algunos atribuyen gran importancia a unos elementos *d* y *n*, que reaparecen en irlandés. V., en último lugar, H. WAGNER, *Das Verbum in den Sprachen der Britischen Inseln* (Tübingen, 1959), 169 ss.

33 La misma disparidad en los procedimientos, ya señalada, se encuentra entre lib. *Ymzkl bn-s* "mujer (o piedra, aquí da lo mismo) de Y.", lit. "Y. su mujer" (Rössler), y

vasc. Y. -en emaztea, cercano casi al tipo latino *erilis filius*.

34 *Das Kanarische Berberisch in seinem Sprachgeschichtlichen Milieu*, ZDMG, 100 (1950), 403-460.

35 Cuando traduce *calun seltar* por "tumba o pira de Calun" (ELH 16).

36 Incluso al subarábigo antiguo y representado acaso en la toponimia árabe.

11.—Lo que antecede, lejos de estar inspirado en un estéril afán de discusión, nace de la convicción de que los pocos puntos en que parece revelarse algo del carácter de la lengua, todavía tan envuelto en misterios, deben ser sometidos a un examen más minucioso en la pobre medida en que la escasez y la deficiencia del material lo permitan. Mi desacuerdo con Tovar, a quien tanto deben estos estudios, se reduce además en la mayor parte de los casos, como puede observarse, a las consecuencias de orden comparativo que se pueden deducir de sus interpretaciones y no a las interpretaciones mismas.

Una de éstas es la hipótesis, que ya apuntó como posibilidad Gómez-Moreno, de que la frecuente terminación *-Yi*, que figura sobre objetos muy variados, no sea otra cosa que el pronombre personal de primera persona “yo”, hipótesis que ha sabido presentar de la manera más convincente sin necesidad de ocultar las dificultades que aún quedan. En otras palabras, como recordarán los lectores de textos clásicos, se trata de letreros semejantes a los que Herodoto (V, 59 ss.) cuenta haber visto escritos sobre tres trípodes en el santuario de Apolo Ismenio, en Tebas, en los cuales el objeto inscrito habla en primera persona. Es sabido que esta costumbre tuvo vigencia en Grecia e Italia durante varios siglos³⁷ y bien pudo haber sido conocida en nuestra Península.

Su combinación con el “genitivo” *-en* tiene buenos paralelos en osco *Sepiéis Heleviéis súm* “Seppii Heluii sum”, *Herentateis súm* “Veneris sum”, etc. Ahora bien, si *sacar'beta/n Yi* (estela de Benasal) es “yo (soy) S.”, tendríamos un epígrafe en el que habla el propietario (el difunto en este caso) y no el objeto, lo cual corresponde más bien a los que se leen muchos siglos después en tumbas vizcaínas, estudiadas también por Tovar en otra parte: † *ego Lehoari et Maria, In Dei nomine ego Legoar*, etc. Puede suponerse, desde luego, que la estela de Benasal está incompleta, que es lo que en realidad ocurre, pero parece haber otras inscripciones semejantes.

Un indicio corroborativo de esta interpretación podría buscarse en el hecho de que *-Yi* no parece figurar en los títulos sepulcrales encabezados por *ar'e tace (teci)*. Pero estos son muy pocos y están mal conservados para que pueda ponerse mucha confianza en este detalle que correspondería a la incompatibilidad entre una fórmula en 3.^a persona y otra en 1.^a.

12.—Como *-en*, la terminación *-Yi*, descontada la incertidumbre inherente a su primer signo, nos conduce a una curiosa proximidad al vasco, donde “yo” es *ni*. Tovar señala también, es cierto, el paralelo del bereber, que no parece tan preciso. En los pronombres personales semíticos, *an-* es un elemento común —aunque esto quede oscurecido en alguna lengua por la asimilación de *nt* en *tt*— que difícilmente puede ser el elemento individualizador de ninguno de ellos. En cuanto a los datos bereberes, no se sabe muy bien qué hacer con ellos en tanto que alguien no los ofrezca ordenados en una perspectiva diacrónica.

Esto nos recuerda que el problema de las relaciones entre ibérico y vasco sigue pesando de una manera molesta sobre la investigación, ya que no acaba de resolverse en uno u otro sentido. Es cierto, por un lado, que el vasco se ha mostrado singularmente ineficaz para la interpretación de los textos hispánicos anti-

37 Una lista de ejemplos en varias lenguas puede verse en M. S. BEELER, *The Venetic Language* (Berkeley-Los Angeles, 1949), 5, nota 1.

guos en general y de los ibéricos en particular, lo que se compadece mal con la idea de un parentesco relativamente cercano. Los reparos que a esto oponen quienes no son lingüistas³⁸ no valen tanto como aparentan. Nadie exigiría que los significantes emparentados ocurran en ambas lenguas en forma idéntica o muy semejante: bastaría con que pudieran hallarse correspondencias precisas, sonido a sonido a ser posible, entre unos significantes y otros, por distintos que éstos fueran. Sucede, en cambio, de un modo extraño, que las coincidencias que tomamos son casi demasiado perfectas, al mismo tiempo que escasas y poco informativas.

Lo que podemos saber o imaginar de la forma prehistórica del vasco por aquellas fechas no es tan poco como algunos piensan. Según un cálculo moderado, una mitad por lo menos del léxico básico de entonces ha llegado hasta nosotros en la lengua hablada o en los textos. Como no es poco lo que se sabe acerca de los cambios que han sufrido los sonidos del protovasco, la forma antigua de palabras y elementos gramaticales puede ser reconstruída muchas veces con bastante aproximación, salvadas algunas inseguridades, especialmente en posición inicial. Mayores han debido de ser las modificaciones que ha experimentado la estructura gramatical de la lengua, pero aún éstas pueden en parte ser adivinadas y previstas, en el sentido de previsión retrospectiva.

En otras palabras, si dispusiéramos de documentos escritos en vasco prehistórico del siglo primero antes de nuestra era —o en alguna lengua estrechamente emparentada con él—, cuesta admitir que no fuéramos capaces de penetrar el sentido general de textos sencillos —como tienen que serlo muchos de los ibéricos— y de reconocer bastantes de sus componentes. Esto, por desgracia, no es más que una convicción que no puede ser adecuadamente comprobada mientras la suerte —bastante improbable por otra parte— no nos depare alguna sorpresa. Pero, ya que hablamos de convicciones y de indicios, conviene recordar que son precisamente las formaciones vascas más características, las formas personales del verbo, las que no han encontrado ningún paralelo preciso en ibérico. Y suponer que éste tenía una abierta preferencia por las frases nominales parece excesivo.

13.—Pero la fuerza de este argumento de orden general no basta para que echemos en olvido las semejanzas observadas. En los sonidos, en primer lugar, pues el ibérico parece haber tenido —como el vasco, y también como el castellano moderno— un sistema fonológico muy simple, con cinco vocales y un número reducido de consonantes. Y, no obstante esto, distinguía según las apariencias, al igual que el vasco³⁹, dos sibilantes y dos clases distintas de *r*. La semejanza se extiende a las posibilidades combinatorias de los fonemas, que estaban sometidas a graves restricciones: falta de *r* inicial, ausencia de grupos consonánticos en esa posición, de grupos formados por *muta* + *liquida* en general, etc. De esto y del notable parecido en lo que podemos llamar forma canónica de morfemas que parecen haber sido nominales (cf. ib. *alor'*, *balce*, *bilos*, *iltir'*, *sacar*, *salir*, *seltar*, *sosin*, *tibas'* con vasc. *alor*, *gibel*, *zakar*, *zaldi*, *zuzen*, etc.) se sigue el curioso aire de familia que presentan para un vasco algunos textos ibéricos.

38 Así D. FLETCHER VALLS, *Problemas de la cultura ibérica* (Valencia, 1960), 40 s.

39 El vasco tiene en realidad dos fonemas

distintos, espirante y africado, en cada uno de los órdenes.

No todo es igual, como era de esperar, aun en este mismo campo: todo indica que al ibérico le faltaba /h/, que hay que postular para el protovasco⁴⁰. Pero estas discrepancias quedan abundantemente compensadas por rasgos comunes. Añádanse a los ya citados la falta de /p/ y lo que se barrunta de la posición especial de /m/ en ambas lenguas.

Pasando ahora a las unidades significativas, varias veces se ha hecho un recuento de concordancias, el último probablemente por Tovar⁴¹. Dentro del sistema más rígido de correspondencias fonéticas⁴², se pueden presentar listas como la siguiente, con ecuaciones formalmente irreprochables, sin que por ello quede agotado el material: ib. *abar'* : vasc. *abar*⁴³ "rama, etc."; *adin* : vasc. *adin* "edad"; *anai-* : vasc. *anaie*, *-ia* "hermano"; *ar'ci-* : vasc. *argi* "luz, claro" (acaso de origen indoeuropeo); *beles'*, *-bels* : vasc. *beltz* "negro"; *bios-*⁴⁴ : vasc. *bi(h)otz* "corazón"; *biur'* : vasc. *bi(h)ur* "(re)torcido"; *-cais*⁴⁵ : vasc. *gaitz* "mal, malo, grande"; *cutu-* : vasc. *gudu* "combate"; *-ildun*, *-illun* : vasc. *il(h)un* "oscuro" (contrapuesto a *argi* "claro", arriba); *iscer'*, *-escer'* : vasc. *ezker* "(mano) izquierda"; *kide-* : vasc. *ide* "igual, coetáneo", *-(k)ide* "co-"; *lacun* : vasc. *lagun* "compañero"; *nabar'* : vasc. *nabar* "vario, abigarrado", etc. Junto a ib. *lacun* puede ponerse ahora *lagu-* en *lagutas'* (Cigarralejo), según la proporción *iltun* : *il(t)utas'* :: *lacun* : *lagutas'*, con una pérdida de *-n* en composición o derivación que también se da en vasc., aunque sus causas permanezcan oscuras. Si se acepta la mediación del aquitano, resulta extraordinariamente sugestiva la coincidencia señalada por Lafon, de aquit. *Talsco* (que parece hay que analizar *tals-co*) con ib. *-talsco*, *talscu-*, etc.

Las coincidencias son, repito, meramente formales, porque muy poco o nada sabemos del sentido de los morfemas ibéricos: si supiéramos algo más de éste, estos y otras aproximaciones quedarían automáticamente descartadas o aceptadas como firmes. Pero la coincidencia, aun meramente formal, no deja de ser chocante. La primera parte de *os'aba-obar'enYi* (Ensérune) es igual, dentro del sistema de correspondencias que hemos adoptado, a vasc. *osaba* "tío" (cf. *anai-* arriba, procedente también de Ensérune)⁴⁶. Un cálculo prudente nos dice que la probabilidad de que dos secuencias de este tipo (VCVCV) se repitan en las dos lenguas es del orden de 1/8.000⁴⁷. El número de coincidencias es proporcionalmente mucho menor y de carácter mucho menos sistemático, como advierte Tovar, que el que se descubre entre el vasco y un puñado de nombres propios aquitanos, pero, con todo, ¿es bas-

40 La lengua atestiguada en fecha más antigua no tiene por qué ser la más arcaica en todos los aspectos. El árabe, como es bien sabido, ha conservado mucha más información sobre los fonemas del protosemítico que el acadio, a pesar del enorme espacio de tiempo que separa los primeros textos en ambas lenguas.

41 *El euskera y sus parientes* (Madrid, 1959), 38 ss.

42 A título de prueba se han elegido las siguientes, sin mencionar las que resultan obvias: ib. *s* : vasc. *z*, *tz* (predorsales); ib. *s'* : vasc. *s*, *ts* (apicales); ib. *r* : vasc. *r*; ib. *r'* : vasc. *rr*.

43 En este y en los siguientes ejemplos,

vasc. *-r* es siempre fuerte (*rr*) ante sufijo que empiece por vocal.

44 En el segundo plomo de Alcoy: quede, pues, en entredicho.

45 En un caso aislado (Azaila), pero de segmentación clara: *bilos-balcar-cais*.

46 TOVAR, *ELH* 19, n. 45.

47 El punto débil de este cálculo está en que no podemos tener la certeza de que haya que cortar precisamente *os'aba-*: hay también *os'aon* en Ensérune. A título de simple conjetura, me atrevo a sugerir que *-obar'* podría ser aquí una variante de *-Ybar'*, pues hay pruebas de vacilación, estudiadas por Schmoll, en la notación del timbre de las vocales,

tante la semejanza de los sistemas fonológicos del ibérico y del vasco antiguo para explicar por sí sola, como efecto del azar, las concordancias observadas?

14.—No es ésta mala ocasión para consignar que algunas de las ecuaciones vasco-ibéricas que se han defendido con más o menos insistencia tropiezan con obstáculos. Una es la de ib. *ner'e-* en *ner'eildun*, seguramente nombre de persona, con vasc. *nerē* “mío”. Es un hecho que hasta hace poco el término vasco común para “mío” ha sido *ene*. La forma *nerē* no es otra cosa que una variante reducida del intensivo *neure*, *ñore*, etc. “de mí mismo”, que viene de algo así como **ni-aur-e*, lit. “de este yo”.

Otra, que procede de don Pío Beltrán, es la de ib. *seltar* con vasc. *seldor* “haz o pila de leña para hacer carbón”, según se dice, lo que daría para la palabra ibérica el valor aproximado de “pira” o “tumba”. El mayor obstáculo no es aquí formal (el equivalente vasco de *seltar*, dentro del sistema de correspondencias aquí seguido, sería **zelar*, **zelhar*), sino semántico. Abreviando una larga historia, la traducción de vasc. *seldor* por Azkue, consignada arriba, no es correcta. En Azkue procede de la versión de los Evangelios por Haraneder, editada por Harriet (1855) con notas del editor: en una de éstas *seldor* está alineado con varios sinónimos vascos que significan “carga” a secas. Harriet tomó la palabra del Suplemento al *Diccionario* de Larramendi, quien a su vez lo sacó probablemente de una de las páginas perdidas de los *Refranes y Sentencias* de 1596: también Larramendi lo da como equivalente de “carga”. Y el autor del llamado ms. de Ochandiano, a comienzos del XIX, anota que en su tiempo se dice en Vizcaya *sendor* por “carga” (¿además de *seldor* o exclusivamente?). Hoy, en Oñate, por ejemplo⁴⁸, *sendor* sigue vivo con el significado de “carga”, cualquiera que sea la naturaleza de ésta (leña, hierba, etc.), e incluso de “ramillete”. Es término que convive con *txondar*, *txondor* “pira de leña para hacer carbón” y debe tener, por lo tanto, un origen completamente distinto del de éste, por más que la semejanza entre las dos palabras haya inducido a Azkue a error.

15.—Queda por explicar la razón de las coincidencias vasco-ibéricas, ya que parecen ser mayores de lo que cabría atribuir a la casualidad pura y simple. La naturaleza misma de los textos podría explicar el fracaso del vasco como llave del ibérico si, como sostuvo en una ocasión Vallejo, constan en su casi totalidad de nombres propios.

Como quiera que sea, si las coincidencias ibero-vascas se limitaran a los nombres propios, de persona o de lugar, no ofrecerían tampoco dificultades, porque no serían más que nombres de una lengua de sustrato engarzados en un texto ibérico, tal como los aquitanos *Andere*, *Cison* o *Nescato* comparecen en epígrafes latinos. Pero, si admitimos la posibilidad de un origen común para ib. y vasc. *-en* o para ib. *-Yi*, vasc. *ni*, estamos evidentemente muy lejos de la esfera de los nombres propios.

Tovar, como se sabe, parte para la explicación de un parentesco de “tipo proto-histórico” profundamente diverso al genealógico de muchas familias lingüísticas. Me resisto a admitir esto, porque cuesta creer que el ibérico tuviera un influjo más

48 Dato que agradezco al P. Lujs Villasanté.

profundo sobre el vasco (o viceversa, o mutuamente) del que han ejercido sobre éste durante dos milenios el latín y los romances vecinos, cuya superioridad social difícilmente pudo alcanzar el ibérico. Y, sin embargo, las numerosísimas trazas de esta influencia han quedado restringidas a esferas muy bien delimitadas en conjunto.

Una observación final, que debía haber dado comienzo a estas líneas. Lo que aquí se dice, muy poco categórico por otra parte, tiene un alcance estrictamente lingüístico. Aunque la lengua sea un elemento cultural de suma importancia, no tiene más que una relación extrínseca con otros rasgos culturales, incluso con la misma escritura. Las conclusiones a que se llegue en un campo, por consiguiente, no tienen por qué ser válidas sin más en el otro.